

llos padres conscriptos como prefiriendo la vestidura blanca del neófito á la toga romana; por mas que nos muestre agrupados en las iglesias y sobre la sagrada fuente de los Apóstoles á los problemáticos descendientes de Evandro y de Éneas, de los Quintios, de los Olibrios y de los Paulos, y señaladamente á los hijos de los Gracos, todavía dudaremos de su fé celebrada por el poeta como unánime y ardorosa. Este mismo entusiasta escritor desmiente á veces sus propias ilusiones (1): «La peste nos invade de nuevo,» esclama: «ya vuelve amenazante sobre los hijos de Rómulo. Imploramos al padre de la patria! Oh Roma, »despójate de tus antiguas preesas: te cubres con la púrpura del triunfo, descuella tu cabeza erguida y coronada con el oro que has arrebatado al universo; pero ese brillo sin igual se oscurece ya con una »nube funesta, la sombra cubre tu diadema, densos vapores te cercan, »larvas asquerosas, espectros lividos giran en torno tuyo. Roma! alza »tus ojos al cielo, y ahuyenta con una mirada todos esos fantasmas!»

Esos fantasmas que Prudencio reviste de una forma repugnante y monstruosa, ya habeis presumido lo que eran: eran, y no habian dejado de ser aún, el armonioso coro de las divinidades del Olimpo cantadas y celebradas por Virgilio y por toda la corte de Augusto. Ciertamente que no figuraban ya estas divinidades como las protectoras del Capitolio, pero para muchas inteligencias de alto linaje eran todavía como una especie de fórmula de la esquisita civilización romana. Y ¿qué mucho que defendiese la aristocracia todavía la religión latina que era el apoteosis de la nobleza, de la riqueza y del poder? No era pues de extrañar que un Symmaco hubiese solicitado de Valentiniano II el restablecimiento de las antiguas costumbres fiando al cálculo efectos que ya no producía el sentimiento, y representando las pérdidas que experimentaba el Estado con la espoliación de las fincas pertenecientes al colegio de los Sacerdotes y á las Vestales, como hubiera podido hacerlo hoy un consumado economista atendiendo solo al interés de la república y prescindiendo del interés de la religión (2). No debe maravillar que permaneciendo aun en pie sobre las siete colinas los antiguos templos en su imponente magestad, hubiese reclamado este prefecto sostenido por toda la aristocracia de la Metrópoli, del Emperador Teodosio

(1) Aurel. Prud. Clem. lib. prior. p. 409.—Edición de Magdeburgo de 1739.

(2) Véase á SYMMACH. RELAT. IN S. AMBR. Op. T. II. p. 832.—Edición de París de 1690.

y de su hijo Honorio, la reconstrucción del ara de la Victoria en el Senado y la restauración de su culto, suponiendo que solo del olvido en que tenían los Emperadores á las Vestales procedían las calamidades y el hambre que afligían á Roma. Ni causa sorpresa el saber que la familia Anicia, aunque puesta á la cabeza del movimiento cristiano, erigiese todavía altares; ya entrado el quinto siglo, á su genio conservador (1); ni que por este tiempo consagrarse en Roma estatuas á Vecio Agorio Pretextato, famoso campeón del paganismo, y á la gran vestal Cornelia, estimulando esta fatal recrudescencia del politeísmo rebelde aunque espirante las inspiradas y fogosas condenaciones que fulminaron Prudencio y San Ambrosio.

Aun después de incendiados y demolidos los templos, después de asolado el espléndido santuario de Júpiter olímpico y de estremecerse Alejandría con la caída del templo de Sérapis, y mientras retumbaban en todos los confines del Imperio los golpes del hacha y de los picos, todavía se conservaban las estatuas de los dioses como productos del genio griego y de la magnificencia romana; todavía duraban los gérmenes del politeísmo en el palacio de los Césares y en las principales familias latinas. Genérico el hijo de Honorio arrojó con despecho su espada, por no obedecer el decreto de su padre que hacía obligatoria la fé de cristiano para obtener empleos y cargos públicos; y no bastó para acabar con la antigua religión que los padres de la Iglesia, los poetas y los oradores cristianos la abrumasen con las flores del sarcasmo y de la ironía, ni que á esto se agregase el ridículo haciendo pedazos Teodosio los rayos de oro del Júpiter que se adoraba en el campamento de Eugenio y distribuyéndolos entre sus soldados: porque una religión como la del paganismo romano que ejercía sobre todos los afortunados de la tierra la triple seducción del pensamiento, de la imaginación y del sentido, no podía amortiguar su prestigio sin un verdadero milagro de la Divinidad. Hoy ya apenas nos es dado concebir la suma de placeres que arrancaba violentamente el cristianismo del corazón del romano, ni la inmensidad del sacrificio que hacían los convertidos al abandonar por las austeridades de la nueva doctrina su antigua manera de vivir. Seamos justos, si á nosotros nos parecen hoy bienes dignos del mayor aprecio las raquílicas delicias de la vida moderna, ¿podrá

(1) Villemain MÉLANGES. A. Beugnot; DESTRUCCION DEL PAGANISMO. T. II. p. 15.

nunca causarnos maravilla la desesperacion del magnate romano, que lo perdía todo despues de haber sido su historia nacional la obediencia del universo, su teatro el Coliseo bajo el cielo de Roma y sus actores las naciones todas del mundo vencido? Su dolor y hasta su cólera, al descollar la religion nueva que venia exigiendo el menosprecio y la abdicacion de tantas maravillas, eran harto naturales. Así su rencor fué implacable, atroz, mas criminal aún que todas las aspiraciones de su raza grande y odiosa.

Cosa singular, la conversion del Imperio al cristianismo fué principalmente obra de las damas romanas, de las Paulas, Eustoquias y Marcelas; no de sus hermanos y maridos. Ellas con sus manos blancas, llenas de anillos senatoriales y de camafeos hereditarios, fueron las que plantaron la Cruz sobre la rotonda del Panteon y sobre el techo de oro del Capitolio! A pesar de sus inmensas riquezas y de un lujo que las invasiones apenas habian mermado, entre la turba de sus esclavos, abrazaban con ardor una pobreza que solo por ser voluntaria no era para ellas imposible, y dejaban de grado sus palacios de mármoles y jaspes para humillarse en el tugurio del menesteroso. No eran todas en verdad cristianas segun un mismo espíritu: unas, severas hasta el mas extremado rigorismo, hacian en medio de la pompa y fausto que las rodeaba una vida enteramente cenobitica, suspirando por el martirio negado á sus ardientes votos; otras, solo reprobaban de la vida romana el vicio y el delito, y unian al fervor positivo y sincero del neófito la magnificencia y el orgullo del patricio. No faltaban entre aquellas, viudas ilustres y vírgenes, descendientes, merced á los genealogistas, de los Atridas por la línea paterna, y por la materna de los Escipiones y de los Gracos, y revestidas por consiguiente con todo el prestigio de la mitología y todos los blasones de la historia; y mientras ellas abandonaban el lujo y los placeres, y, lo que era mas difícil aún, los resabios de su casta, y ahogando en su corazon los recuerdos de la infancia y del cielo de Roma, de las literas llevadas en los hombros de los eunucos, de las mármóreas terrazas de Ostia, del tiremo dorado y del tibio baño, insensibles á las quejas de sus hermanos y de sus hijos, se precipitaban alegres é intrépidas en las naves que las habian de conducir á Siria, al Egipto, á la Palestina, al solitario seno de alguna desierta Tebáida para entregarse allí á un trabajo solo propio de esclavos al pie de los antiguos sepulcros del oriente; las otras, mas sensibles á

las amonestaciones de los malos sacerdotes que á los preceptos de la nueva ley que habian abrazado, eran cristianas solo en el nombre y no acertaban aun á posar el muelle y delicado pie sino sobre el mármol ó el marfil, semejantes á las diosas labradas por los insigne escultores del politeísmo.

Porque tenia el cristianismo su tercer partido, casi diríamos su partido moderado, compuesto de aquellos sacerdotes y diáconos nacidos en Roma ó en Italia á quienes principalmente repugnaban las asperezas y austeridades de los áscetas y que creían que podia ganarse el cielo sin grandes sacrificios ni privaciones, sin romper del todo con las muelles costumbres de la vida pagana. Eran estos los que San Jerónimo llamaba relajados ó tibios: los cuales decian: ¿habrémos de tolerar nosotros que esos falsos clérigos abortados de los antros y cavernas de Siria y Egipto, vengan á enseñarnos una perfeccion quimérica contraria al verdadero espíritu del Evangelio? ¿Es justo que asi se metan ellos á perturbar la paz de las familias, arrancando á las madres sus hijos, las hijas á sus madres y á la patria sus matronas para poblar con ellos las soledades del Oriente? ¿Por ventura ha juntado Roma los tesoros consulares para enriquecer al Asia y al Egipto? ¿Quién ha dicho que no recibe Dios las plegarias de sus criaturas mas que entre el estruendo de las cataratas ó en el pavoroso silencio de los yermos? Roma es por cierto templo digno de su grandeza, y la Omnipotencia recibe mayor y mas grandioso culto en la cumbre de estas siete colinas que fueron en otro tiempo bosque de ídolos y ahora son planteles de cruces (1).

No eran ciertamente los cristianos acomodaticios los llamados á regenerar el mundo. Y sin embargo las almas enérgicas que comprendian la necesidad del inmenso sacrificio pedido al orbe romano, eran tan pocas! De los nobles que aún permanecian obstinados en las antiguas costumbres, casi sería escusado decir nada: estos oponian la mas tenaz resistencia al triunfo del Evangelio. Era su resistencia ya puramente pasiva. Los dudosos descendientes de los Metelos y de los Apios, conservaban aún ingentes patrimonios á pesar de las confiscaciones y de las espoliaciones convertidas en medida de gobierno, regularizadas y sistematizadas desde Julio César: porque aquellas rara vez pasaban de

(1) Ruff., in Hyer. passim.

mero secuestro, y estas, limitadas á lo mas selecto de los ciudadanos romanos, no se extendieron á las provincias sino muy tarde (1). Pero habiendo dejado de ser para ellos lucrativos los negocios públicos, y disgustados de la política imperial, suspicaz y sombría con la aristocracia, abandonaron del todo su intervencion en las cosas de Estado y volvieron su actividad, reconcentraron toda su energía en los asuntos privados y en los goces íntimos, egoistas é individuales. En la primera época del Imperio toda la Italia habia sido un inmenso jardin, poblado de árboles y plantas exóticas, de palacios de jaspe, de estátuas griegas, sin una espiga de trigo, sin un olivo. La Sicilia, Africa y España eran las provincias que alimentaban á Roma (*nutrices Romæ*). Tardó una vez la flota de Sicilia en llegar á Ostia, y esta tardanza ocasionó á Neron su ruina. Mas en el sexto siglo ya toda la Italia estaba cultivada: la Apulia, la Lucania, el Brutio, la Calabria, la Campania, la Toscana y la Istria abundaban en cereales, aceites y esquisitos vinos. La aristocracia romana, pues, vivia consagrada á la agricultura, á la industria y al comercio. Los inmensos gastos que en otro tiempo habia hecho para monopolizar los honores y las distinciones, no se repetian ya nunca: no llevaba ya ella á la sangrienta arena de los anfiteatros y circos gladiadores y panteras, no buscaba ya las aclamaciones de las turbas: no pudiendo ni queriendo dominar la sociedad de su época, limitábase á deslumbrarla con la pompa y magnificencia de sus caprichosas modas y tren de vida. El lujo de los carros y de las mesas rivalizaba con el de los trages: habia senadores que llevaban bordadas ó pintadas en sus ropas colecciones enteras de feroces alimañas (2). Las calles Esquilina y Suburra retemblaban con las numerosas cabalgadas de los jóvenes patricios, olvidados ya del cultivo de la filosofía y de las letras y solo atentos á los goces físicos y groseros. Las matronas vagaban de la mañana á la noche llevadas en sus basternas, arrollando á la gente menuda sin compasion, precedidas y seguidas de un tropel de eunucos y bufones (3). Dos pasiones ocupaban la vida entera de esta aristocracia infiel á su antigua gloria: la vanidad y el bienestar material. No tenia ya ambicion, porque esta pasion generosa deja siempre

(1) La poderosa familia etrusca de los Cecinas conservó hasta la invasion de los bárbaros su patrimonio, que databa desde antes de la fundacion de Roma.

(2) Amm. Marcel. XIV. 6.—V. tambien á Muller *De genio, moribus et luxu divi Theodosii*.

(3) Amm. Marcel. loc. cit.

á un lado las existencias materialmente completas. Desde la cumbre de las gerarquías sociales, veía ella aniquilarse la patria sin una lágrima, sin un suspiro, y no tenía generosidad suficiente para consagrar á su regeneración ni un grano de oro de su caudal ni un minuto de su tiempo. Una parálisis funesta, una lepra incurable y sórdida se iban insensiblemente apoderando de todas las clases elevadas, y la aristocracia, que solo vive cuando impera y que muere cuando deja de dominar, se iba convirtiendo en una vana sombra.

Además del grosero materialismo de los nobles, concurrían otras causas á perpetuar el paganismo, ya oficialmente condenado. Los recuerdos de las antiguas teogonias duraban enérgicos y elocuentes en la vida campestre, lejos de la acción de la ciudad. Allí las creencias eran impresiones y no doctrinas. En tiempo de Honorio, mientras la parte oficial del Imperio caía prosternada al pie de la Cruz y el famoso edicto del año 396 prohibía las libaciones en los festines, las teas fúnebres, las guirnaldas de Himeneo y hasta los dioses Lares tan cantados por los poetas y tan caros á los descendientes de los Arcades y Pelasgos; la Náyade indígena habitaba todavía en su fuente, la Amadriada permanecía en su bosque de olivos; y ni el hierro ni los edictos fueron bastantes á destruir el prestigio encantador de aquel panteísmo rural inmortalizado por Hesiodo y Virgilio. El *ager romanus*, los valles de la Arcadia y de la Sabina conservaron por largo tiempo las graciosas fiestas en que el dios Pan, á la sombra de los plátanos y al rumor de las fuentes murmuradoras, recibía la oveja manchada de cinabrio y la flor de trigo. La jóven desposada siguió dejando la morada paterna al son de la flauta campestre, y aunque en las aldeas de Italia, de Grecia y de España, los prados y los caminos llenos de cruces indicasen desde luego que las poblaciones rurales eran cristianas, y aunque sus groseros habitantes acudiesen en bandadas á los oficios divinos de las basílicas convertidas en iglesias, todavía sin embargo en lo profundo de los bosques, á la orilla de algunos arroyos ó algunos lagos, se espejaba tranquila en el agua la gruta de las ninfas poblada interiormente de náyades ó napeas de piedra y arcilla, y allí acudían en las horas de ocio y de vagar los mancebos y las doncellas á coronar de flores aquellas figurillas, si no ya por religión, al menos por maquinal instinto (1). La

(1) Véase en el conocido poema de *Dáfnis y Cloe*, escrito en el IV siglo, la comprobación de lo que decimos.

sementera, la siega, la vendimia, todos los trabajos de la vida del campo estaban presididos como antiguamente por Ceres, Baco y Pomona.

Las provincias en general, sobre todo en el Occidente, resistían con tenacidad el desarrollo completo del cristianismo (1). En ellas los pontífices y flámenes habían tenido la habilidad de utilizar el espíritu de independencia en favor del culto. Cada ciudad tenía su divinidad particular, y la devoción á esta había venido á ser la religión única de la comarca: de manera que habituados sus moradores á no dirigir sus plegarias y sus miradas más que hácia aquel simulacro, ni sus ofrendas más que á aquella ara, la suerte de las otras divinidades extrañas era para ellos cosa en cierto modo indiferente. De aquí resultó que cuando dejó de ser el Capitolio el verdadero centro de la religión greco-romana, el politeísmo aún subsistía en una porción de pequeños centros repartidos por todas las provincias. Las leyes restrictivas del antiguo culto apenas tenían aplicación en el Occidente, merced al espíritu de localidad que el régimen municipal y, como hoy diríamos, de *descentralización*, había desarrollado. Hé aquí la explicación de un hecho atestiguado por San Agustín que parece de pronto increíble: durante los primeros años del reinado de Honorio, en toda España era general esta queja: *no llueve, los cristianos tienen la culpa*.

Un escritor del quinto siglo nos refiere que las gentes que habitaban la isla gaditana y su territorio adoraban *cum máxima religione* una estatua de Marte, que entre aquellos naturales llevaba el nombre de *Neton*. Añade que esta estatua era radiada, con lo cual nos dá á entender suficientemente el origen fenicio que hemos asignado á la divinidad protectora de la antigua Cádiz (2). De tal manera había encarnado el politeísmo en las ideas y costumbres de los pueblos todos de Europa, que á pesar de los inauditos esfuerzos de los Padres de la Iglesia primitiva para que repudiasen esta triste herencia del pueblo romano, jamás lo consiguieron, y una multitud de creencias absurdas, de prácticas ridículas y de errores peligrosos, evidentemente dimanados de las antiguas supersticiones, permanecieron hondamente arraigados en las nuevas sociedades cristianas... y aun duran todavía!

Admira la sabiduría con que la Providencia dispuso el remedio pa-

(1) En el mismo Oriente, donde era más perseguido el politeísmo por hallarse más directamente bajo la acción de los Emperadores, tenía defensores acérrimos y tan distinguidos como los Claudianos, los Eunapos, los Zosimos y los Libanios.

(2) V. la pág. 47 y siguientes.

ra salvar al mundo postrado bajo el peso de una dolencia al parecer incurable. La gran revolución que habia de hacer al hombre de las sociedades modernas condenar el placer y amar el propio sacrificio, no podia verificarse sino por grados y paulatinamente. Comienza la singular trasformacion abdicando voluntariamente los Emperadores el supremo Pontificado en el Pastor de la ciudad eterna: reúnese un dia el colegio de los pontífices para ofrecer á Graciano las vestiduras de Sumo-Sacerdote, y el emperador rehusa aquel alto honor como un sacrilegio, y manda publicar á poco tiempo un edicto que confiere al obispo de Roma *el exámen de los otros prelados, para que no sean jueces profanos los que conozcan de las cosas de religion, sino un pontífice de la religion misma asociado de sus naturales colegas* (1). Hé aquí descollando por la vez primera con carácter á un mismo tiempo religioso, político y profano, la figura colosal que va á dominar en el teatro de los siglos venideros: hé aquí al auxiliar formidable de los grandes reyes, y al poderoso antagonista de los grandes tiranos. Hé aquí al Papa. Pero, obrando tan enérgicamente las causas que dejamos apuntadas, no bastaba que desaparecieran las fórmulas y el rito para que desapareciera tambien el paganismo: podian acabar las antiguas ceremonias, los quince pontífices, los quince augures de linage patricio, los quince conservadores de los libros sibilinos, los siete épulos, el rey de los sacrificios, el flámen de Júpiter, los de Quirino y Marte, los lupercales y todos los que componian la turba gerárquica de las antiguas procesiones, que hacian estremecer el aire con sus clamores y levantaban en los caminos nubes de polvo al batirlos con sus danzas furibundas; podia, repetimos, acabar todo esto sin que dejara de mantenerse la antigua, tradicional y por entonces necesaria costumbre de que las inteligencias escogidas para regir el sacerdocio y el pontificado saliesen de la aristocracia urbana. La eleccion de los obispos, en Roma lo mismo que en el resto del Imperio, se verificaba por principio y en apariencia por el clero y la plebe reunidos, pero en Roma principalmente la clase de los patricios dominaba á todas las demás. La conexion de las dos ideas de episcopado y aristocracia despunta en Roma hasta sobre las hogueras de los mártires (2). La eleccion de obispo era en la ciudad de los Cé-

(1) Fleuri. Hist. ecl. XVII. 42.

(2) Durante la persecucion de Diocleciano se atribuyó al papa Cayo un supuesto parentesco con este principe.



sares ocasion frecuente de luchas terribles entre las diferentes familias senatoriales y consulares, y tal el ardor que estas poderosas familias desplegaban en el triunfo, que el prelado electo se veía involuntariamente colmado por sus parientes de inmensos donativos. No es otro el origen del gran lujo desplegado por el poder episcopal desde el cuarto siglo. Las riquezas de los mas opulentos pares de Inglaterra no nos dan hoy más que una leve y muy lejana idea de la opulencia de aquella aristocracia territorial romana (1) de que nos hablan Ammiano, Claudio y Casiodoro, dueña de los palacios, de los campos, de las deliciosas quintas de Roma y de poblaciones enteras en Italia, Grecia y Asia. De estas donaciones y larguezas y del patrimonio privativo de los electos, se formó el primer núcleo de la riqueza de los pontífices. Glaphira, patricia ilustre, fué como la precursora de la célebre condesa Matilde: ella fué la fundadora de la Basílica de San Pedro (2), y las liberalidades que á imitacion suya usaron los emperadores y los particulares poderosos, y que se extendieron hasta la Grecia, Sicilia y Africa, fueron la base del inmenso patrimonio que muy en breve juntó la Santa Sede.

Ahora bien, en esta misma riqueza de la Iglesia de los siglos IV y V, resalta principalmente la manera como va utilizando la mano de Dios las inclinaciones y hasta los defectos de los hombres para hacerlos producir aquellos resultados, que de pronto aterran y confunden á las naciones, y despues, andando los siglos, las hacen admirar y adorar los caminos por donde dirige la eterna sabiduría el progreso de la errante humanidad. La riqueza, el lujo, el fasto de aquellos papas, superiores ya de hecho al prefecto de Roma (3) y á la autoridad pública; de aquellos grandes hombres «doctores vírgenes de la Iglesia vírgen» segun la expresion de San Gerónimo, eran á los ojos del pueblo, de los magna-

(1) Segun el aserto de Olimpiodoro, escritor del siglo III, citado por Phocio, eran muchos los senadores que disfrutaban una renta de 14 á 16 millones, sin contar sus provisiones de granos y vinos que podian valuar en otra tercera parte más de la referida suma.

(2) «*Glaphyra illustris faciens de proprio fundamento Basilicam Beato Petro.*» (Liber pontif. in S. Symmach.)

(3) Esta superioridad quedó de hecho establecida en tiempo del papa Dámaso, cuya eleccion como candidato de la aristocracia (sin faltarle el apoyo, á la sazón incontrastable, de las fervorosas damas romanas) se verificó sin intervencion ninguna del partido oficial y de los magistrados. De sus resultados el prefecto Juvencio, no atreviéndose ni á castigar los desórdenes de que Roma fué teatro, ni á hacer pesquisas entre sus motores, se salió fuera de la ciudad.

tes y de las matronas, la muestra ostensible y auténtica de su supremacía; y al propio tiempo aquella riqueza, aquella magnificencia, aquel fasto (1) eran á los ojos del partido popular y democrático que en el seno de la Iglesia misma se iba ya desarrollando, la manifestacion eloquente de una necesidad nueva, á saber, la de que viniese la frámea de los bárbaros á romper la union de la idea cristiana con la forma pagana cuando empezára á ser perjudicial este consorcio, sin que pudiera acusarse de ingratitud al pontificado, en cuyo beneficio se habia la ostentosa antigüedad despojado de su prestigio. La Iglesia no hubiera civilizado, ni menos gobernado al mundo en aquellos siglos de general corrupcion y desaliento, si los papas se hubiesen ceñido á la pobreza y simplicidad de los apóstoles. Pero por otro lado, tampoco la Iglesia hubiera llegado á ser lo que ha sido en los siglos posteriores, si hubiesen continuado sus regidores llevando el peso de la autoridad política abandonada por los patricios, y siendo de hecho príncipes del senado, cónsules y prefectos del pretorio. No, era menester que estas inútiles y embarazosas reliquias de la Roma antigua fuesen pulverizadas en sus manos... Ya las instituciones de los Césares habian producido su fruto: consumada la abdicacion del supremo pontificado en el vicario de Jesucristo, quedaba un peligro inminente que conjurar, y era el de que el pontificado y el episcopado se adormeciesen en las doradas y reverenciadas sillas senatoriales.

Es muy de notar la circunstancia de que los auxiliares mas poderosos de la regeneracion del occidente salieron de entre los presbíteros ascetas y de entre aquellos espíritus varoniles afiliados en las legiones del monacato plebeyo, que por primera vez se habian aproximado al trono imperial bajando de las montañas y manifestándose al pueblo con su cabellera cana, sus miembros extenuados y cubiertos con el sacco de la penitencia despues de las sangrientas ejecuciones de Tesalónica y de Antioquia. Un simple presbítero de las Galias (2), que ha merecido de la posteridad el nombre de segundo Jeremías por la elocuencia con que pinta y llora los males y la corrupcion de su siglo, escribió con el

(1) Nada les falta, escribia Ammiano Marcelino hablando del episcopado romano, ni las ofrendas de las matronas, ni carros suntuosos, ni vestiduras magníficas: las mesas de los obispos de Roma están espléndidamente cubiertas y servidas, y su lujo oscurece al de las mesas de los Augustos. (*adeo ut eorum convivium regales superant mensas*).

(2) Salviano. V. su obra *De gubernatione Dei*.